

LA NOCHE DEL 31 DE MARZO 2017 EN MOCOA: UNA NOCHE QUE CAMBIÓ LA VIDA DE MUCHAS PERSONAS

Autor: Yohan López Zambrano⁵²

El viernes 31 de marzo, empieza como un día normal, aunque si quisiéramos verle algo extraño, podríamos invertir o jugar con el número, es decir, convertir el 31 en 13, en viernes 13, una fecha supersticiosa, se piensa que trae mala suerte.

Este día, me desperté y me arreglé para ir a trabajar y cumplir con los compromisos diarios, mi esposa se levantó y preparó el desayuno para empezar nuestro día cotidiano. Salí en mi vehículo, un Spar GT, le tenía mucho cariño porque era mi primer vehículo, tanto cariño que le decíamos “Monchi”, en honor y semejanza a la manera como me llama mi esposa a mí, ella me dice Monchi.

Monchi representaba uno de tantos sueños que había cumplido gracias a mi esfuerzo y mi trabajo, así como lo eran nuestra casa familiar y mi carrera universitaria de Contaduría Pública que, para el primer semestre del año 2017, época en que ocurren los hechos que aquí narro, cursaba el noveno (IX) semestre.

La vida me venía otorgando todo lo que había soñado y por lo que había luchado. Ese día 31 de marzo me uniformé, arreglé mi uniforme y lustré mis botas para ir implacable a mi trabajo de Guardián, mi otra pasión. El trabajo me ha dado todos mis logros: mi casa, mi carro y mi carrera profesional, como se dice coloquialmente – “casa, carro, beca y amor”, un trabajo soñado y amado, con él podía pagar todas mis obligaciones financieras y mis semestres de la universidad.

Ese viernes era un día difícil porque trabajaría 24 horas, turno desde las 07:00 am del 31 viernes hasta las 07:00 am del 01 de abril y tenía que estudiar 4 horas, es decir, desde las 18 horas del viernes. Empecé entonces, mi jornada laboral normalmente, mi lugar de trabajo estaba ubicado en el barrio “La Esmeralda” y tenía turno en una torre de vigilancia llamada la “Torre 2”, lugar desde el cual podía ver todos los barrios aledaños y una quebrada llamada la “Taruca”, esa tarde fue tan tranquila en mi turno de vigilancia, observaba que todo estuviera en tranquilidad y que no ocurriera alguna novedad, reportaba el servicio por radio cada hora sin observar cambios dando parte del servicio a mis superiores sin novedad.

Observaba que las personas de las casas vecinas al Establecimiento de Reclusión salían y entraban a sus viviendas, los vehículos transitaban por las calles desatapadas del barrio San Miguel, un barrio de estrato socioeconómico bajo. Miraba la pobreza desde esa altura, la torre en la que prestaba el servicio, y, sin embargo, los niños corrían felices por las calles destapadas, veía algunos patrullajes de la policía tratando de controlar lo que en ese barrio San Miguel ocurría, pues se rumoraba que en ese barrio vendían alucinógenos.

Ese día parecía un día normal, un día que trascurría sin que nadie pensara en la tragedia que a pocas horas ocurriría. Una tragedia que

⁵² Dragoneante y Contador Público. Responsable Área Gestión Corporativa y Contable de la PMS Las Heliconias de Florencia, Caquetá.

para mí fue impactante y profundamente conmovedora. El 31 de marzo de 2017 la naturaleza se pronunciaría tajantemente, tal vez reclamando por el daño que el ser humano le había causado con la tala de árboles a las riberas de sus afluentes hídricos, o quizá por castigo divino, como ocurría en los tiempos bíblicos, en los que las poblaciones humanas desaparecían por diluvios, fuego y azufre caído del cielo dando a cada uno lo que se merecía.

Recuerdo ese día muy bien, aunque ya han pasado 7 años, es muy triste recordar lo que presencié ese día, ver como las casas que construían y habían construido con mucho esfuerzo las familias del barrio simplemente desaparecían, a causa de las fuerzas de la naturaleza.

En ese barrio vivía Lucía, una compañera de la universidad que vivía allí con su familia y con quien me había reunido unos días antes de la tragedia para hacer unos trabajos. Estando en su casa presencié las condiciones de pobreza de muchas de las personas que vivían en aquel barrio y también las ganas de salir adelante y superar esas condiciones.

Retomando ahora, lo de mi turno de vigilancia, recuerdo que ese viernes le entregué a un compañero mi puesto a las 18 horas, le dije-“le entrego la torre 2 sin novedad, a medianoche le recibo espero que me entregue sin novedad”, pues sabía que ahí nunca pasaba nada de novedoso, ya llevaba trabajando más de 5 años y todo era tan cotidiano y rutinario que uno se acostumbra a que nada pasara, a que no ocurriera nada. Entonces, el compañero me contestó - “tranquilo, eso no pasa nada” le dije -“buen turno compañero”.

Antes de salir el compañero me preguntó que, si yo estudiaba y le conté mi rutina, le dije- “me quito el uniforme, tomo algunos alimentos y salgo para la universidad”. Y así fue, me fui a estudiar en el Monchi, no me fui en la moto porque en esa ciudad tocaba andar prevenido, en cualquier momento aparecían lluvias torrenciales, entonces me iba en mi Monchi.

La universidad transcurría normal, vimos una clase de matemáticas, mi materia favorita porque pienso que las matemáticas nos generan capacidad para resolver situaciones complejas de nuestro diario vivir, nos otorga capacidad para resolver problemas y tomar las mejores decisiones y, en situaciones extremas, aquéllas que nos pueden salvar la vida o la vida de otras personas. Particularmente esa noche recibí la teoría y esa misma noche me tocó poner en práctica mi lógica matemática ¿cómo así?, sí, ese día fue algo extraño más adelante les contaré el punto crítico de esta historia.

La clase continúa y el profesor entregó el resultado de los exámenes parciales, como siempre pasa, la mayoría habían perdido, solo tres ganamos ese parcial y los compañeros perdieron ese parcial porque siempre están haciendo afirmaciones como: “no me gustan las matemáticas, nunca he podido, desde el colegio me va mal”, son afirmaciones que en mi concepto están mal y las debemos sacar de nuestras mentes, eso nos bloquea. Debemos incentivar a nuestro para que desarrollen sus inteligencias múltiples, todos podemos.

Se llegaron las 9:00 p.m., y el profesor nos dijo ya nos podíamos ir para nuestras casas porque mañana sábado continuamos con la

clase a las 7:00 a.m. Todos los compañeros se iban a sus casas a descansar, en cambio a mí me tocaba ir a mi trabajo, aunque en esos momentos pensaba en pedir la baja porque me sentía agotado físicamente, solo podía descansar unas dos horas y recibir turno a medianoche. Mi compañera Lucía, la que vivía al lado donde yo trabajaba me dijo que si la podía acercar, que no tenía transporte y sí, precisamente nos fuimos en mi carro.

Me despedí de ella le dije mañana nos vemos, y se nos olvidó decir si Dios y la vida lo permiten... Regresé a mi turno y no sabía a lo que me iba enfrentar a pocas horas y, como es de costumbre, empezó a llover a eso de las 21:30 horas, algo que es normal en esa ciudad. Llegué súper rápido al lugar donde descanso, mi alojamiento, entré a las cobijas, puse la alarma a las 23:40 en mi celular y caí en un sueño profundo tan profundo que me sonó la alarma en menos de nada y aquí es donde comienza lo crítico de la situación.

Primero que todo me pasó algo que lo llamo "paranormal", al momento de despertarme no sabía dónde estaba, me senté en la cama y no sabía qué pasaba, después de unos minutos me reincorporo y caigo en cuenta que estoy en mi trabajo y tenía que ir a recibir turno, me paré de esa cama súper rápido porque me había cogido la tarde, seguía en mi cabeza con esa sensación inexplicable, sentía algo de miedo y estaba confundido, la situación "paranormal", continuaba en mi cabeza y eso no me gustaba, mientras me ponía el uniforme y las botas me percaté que llovía muy fuerte, era una tormenta, nunca había sentido una lluvia tan fuerte, sentía como baldados de agua en el techo, me sentía más confundido, estaba entrando en un estado de shock y ya faltaban 5 minutos para la medianoche.

Bajé a la guardia de mi trabajo a reportarme y me notificaron que me tocaba la torre 2, el último lugar de servicio en esa cárcel. Camino hacia mi lugar de servicio, veo que mi compañero bajaba de la torre aterrado y abandonando el puesto, me dijo "que eso estaba muy feo, que el muro perimetral que rodeaba la cárcel se había caído, que estaba confundido, que la quebrada se había salido y había tumbado el muro", algo que yo no entendía porque la quebrada era muy pequeña.

En ese momento me encontraba ya más tranquilo y traté de calmar a mi compañero, quien estaba alterado, entonces le pregunté dónde había dejado el radio de comunicaciones y el armamento de dotación, me contestó "lo dejé en la torre", pues se había bajado asustado y corriendo, me entró la preocupación porque a partir de medianoche ese puesto era mi responsabilidad pero también tenía miedo de ir hasta la torre 2 porque el compañero me había descrito un escenario crítico y espeluznante, me dijo que al pie de la torre había mucho lodo, lavadoras y hasta una moto toda dañada.

Todo eso sonaba miedoso, además, que la lluvia no paraba, tomé la decisión de desplazarme hasta el lugar donde se encontraba el armamento y todos los elementos de servicio, pero antes de eso le dije a mi compañero que me acompañara y apoyara, teníamos que recuperar los elementos de servicio porque podría caer en manos de alguien que nos quisiera hacer daño.

Teniendo en cuenta que del barrio aledaño no se hablaba muy bien, corríamos el riesgo de

que nos robaran, pues el muro que separaba la cárcel del barrio ya lo había tumbado la avalancha. Era precisamente eso ¡No había muro! con mucho valor y sacando valentía debía ir a enfrentar esa situación, nos desplazamos hasta la torre 2 encontrando una situación complicada mientras me acercaba a la entrada de la garita, una torre de 5 metros con escaleras tipo gato, una subida complicada, el agua y el lodo me daba a las rodillas logré llegar hasta la entrada de la garita y subí los casi cinco metros que tenía esa torre por unas escaleras tipo gato en línea recta, subí casi corriendo asustado pero con valentía llegué arriba de la garita, inmediatamente miré hacia los barrios y una panorámica a la cárcel ¡Volví a quedar en shock! porque a pesar que no había fluido eléctrico en la ciudad, la planta eléctrica de la cárcel era la única luz en medio de esa noche tan oscura y aterradora la cárcel daba algo de luz a los alrededores.

Estando allá arriba y en estado de shock, sentía como si estuviera parado al pie de una cascada sentía un viento fuerte que subía desde la entrada de la garita hasta arriba donde me encontraba y un olor fuerte a lodo, a barro, eran unas sensaciones fuertes porque la avalancha a esa hora estaba pasando a unos pocos metros donde estaba, escuché un grito del compañero que me hizo reaccionar decía – “vamos, vamos rápido, baja de ahí compañero que eso se está metiendo”.

Él estaba más aterrado porque había visto todo desde que empezó la avalancha a las 11:00 p.m. de la noche, en ese momento ese grito me hizo reaccionar, como pude tomé el fusil de dotación en una mano y bajé con la otra los 65 escalones, no sé cómo lo hice pero bajé esa escalera con una sola mano porque en la otra llevaba un fusil Galil 5.56, en los

bolsillos de mi uniforme 5 proveedores y un radio de comunicación, es algo que no me explico ¿cómo bajé de esa altura y en esas condiciones con el uniforme mojado y lleno de lodo hasta las rodillas con peligro de resbalar y caer al vacío de un altura considerable?

Esa era una cárcel antigua de primera generación y tiene una infraestructura poco adecuada, una vez abajo corrimos fuerte para llegar a la guardia y entregar el armamento en la sala de armas y mientras me alejaba de esa garita sentí miedo porque el olor fuerte se dispersaba y el ruido que generaba la avalancha nos aturdiría.

Después de entregar el armamento cada uno hacía lo que pensaba más conveniente, todo era un caos, no había fluido eléctrico en toda la ciudad porque la avalancha se llevó la subestación eléctrica, gracias a Dios en la cárcel teníamos luz porque había una planta eléctrica que se prendió automáticamente después de irse la energía a eso de las 11:30 p.m.

Cuando pasó la primera avalancha, porque esa noche pasaron como tres avalanchas, mis compañeros salían a buscar a sus familias para ponerlos en lugares seguros, todos corríamos de un lado a otro sin saber qué hacer, yo ingresé a la parte interna de los patios, las personas privadas de la libertad gritaban que los sacáramos, que les abriéramos las puertas porque el agua ya estaba ingresando a los patios, las alcantarillas habían colapsado, el aguas se estaban entrando, todo era desesperación y angustia.

Las lluvias no paraban, las personas privadas de la libertad seguían gritando que los sacáramos, pero el muro se había caído y no

había seguridad adecuada para poder abrir las celdas. Pero por otro lado estaba la vida de los privados de libertad y teníamos que evacuar ese lugar, aquí es donde digo que la lógica matemática es fundamental en la toma de decisiones y en situaciones de extremo estrés.

En ese momento estábamos unos 8 funcionarios resguardando la parte interna con más de 800 personas privadas de la libertad y otros 12 compañeros estaban en las garitas y en los alrededores. Un compañero dijo “abramos las celdas para que los internos se resguarden en un lugar seguro”, yo le respondí y tomé otra posición, le dije –“No, si les abrimos esos manes se nos vuelan”, porque ellos estaban desesperados y preocupados porque en el barrio San Miguel vivían la mayoría de las familias de los privados de la libertad y ellos gritaban que los dejáramos salir para ir ayudar a sus familias o quizás para salvar sus vidas y fugarse.

En esa cárcel había muchos privados de la libertad de grupos subversivos, paramilitares, guerrilleros, delincuencia común y unos cuantos, por violación, ellos desesperados pedían que abrieran las celdas, era una decisión complicada, en ese momento había que analizar todas las situaciones que ocurrían en nuestro entorno, mi compañero estaba insistiendo en que abriéramos las celdas y yo, en mi oposición, que no deberíamos abrir porque percibí que había dejado de llover y eso era una buena señal.

No abrimos las celdas y fue la mejor decisión, ahora teníamos que calmar a las personas privadas de la libertad que estaban alteradas y preguntado por sus familiares. Ya empezaba a amanecer, las lluvias y todos nosotros estábamos más calmados, pero se rumoreaba que esa avalancha se había llevado varios

barrios de Mocoa, a tres (3) compañeros se les había llevado sus casas por completo, a otros cuantos el agua y el lodo se les metió a las casas dañando todas sus pertenencias y solo llegaban malas noticias, mi familia “gloria a Dios” estaba toda a salvo.

Ya más calmado, subí a la torre 2 a eso de las 3:00 de la mañana, todo era oscuridad, por el radio de comunicación escuchaba el reporte de la torre uno (1) decía que sacaban una persona fallecida de una alcantarilla y empecé a llamar a mi familia, todos me decían que estaban bien, ellos se encontraban preocupados por mí porque ya que habían recibido noticias que la situación estaba crítica y sabían que yo estaba muy cansado, miré la hora y eran las 04:40 am del 1 de abril de 2017, ya los ojos se me cerraban, pero tenía que seguir firme en la vigilancia del sector, por el radio seguía escuchando a mis compañeros que reportaban que estaban de socorristas sacando personas del lodo ayudando como podían.

Cuando amaneció, quedé sorprendido con los primeros rayos de sol que alumbraban, lo que el día anterior era el barrio San Miguel, un barrio lleno de casas y gente, a esa hora era como una playa llena de piedras, escombros y palos, ya no habían casas, no estaban ni las bases, no quedó ni el piso de las casas, las avalanchas los habían arrancado desde las bases, era algo impactante, entre más aclaraba el día se veían más los despojos, la más fuerte que había ocurrido en el departamento del Putumayo la avalancha de Mocoa - esta avalancha estremeció al mundo entero, enviaron mensajes de solidaridad y donaciones económicas de muchos países y empresas multinacionales-.

Seguí desde mi garita observado tanta destrucción y viendo cómo me salvé de la

muerte porque la avalancha había pasado por mis pies a tan solo unos metros, no sabía que sentir, sí alegría porque estaba vivo o tristeza por las personas que lo habían perdido todo. Me preguntaba, entonces, ¿será que, si hubiese percibido la gran magnitud de esta avalancha, habría tomado las decisiones correctas? ¿habría subido por el fusil? ¿habría abierto las rejas?

Observaba como sacaban a las personas fallecidas en camillas improvisadas con palos y cobijas sacaban también heridos, ver a los niños me impactó bastante. A eso de las 7:00 a.m. del 1 de abril del 2017 me relevaron en mi puesto de vigilancia, me fui para mi casa en mi carro y mi esposa ya venía en camino a buscarme porque no había señal de celular, los celulares se habían descargado, llegamos a nuestra casa y estábamos consternados, el rescate de cuerpos continuaba, el pueblo era un cementerio, los olores se empezaron a sentir fuerte, la morgue estaba repleta, empezaron a llevar los cuerpos al cementerio municipal, los sobrevivientes iban a reclamar y a reconocer a sus familiares.

Al otro día, domingo 2 de abril, me tocaba nuevamente recibir turno. Lo recibí y en la formación de servicio pedí la palabra para hacer una oración de agradecimiento al Todopoderoso por darnos otra oportunidad de vida, porque donde la avalancha entré a la cárcel la tragedia pudo ser mayor. Esa noche de turno fue más complicada porque mis superiores tomaron la decisión de dejar las celdas abiertas toda la noche por si volvía llover y pasar otra avalancha, para que los privados de la libertad pudieran salir de las celdas y ubicarse en un lugar seguro.

Teníamos un problema más grave aún, estar pendientes por si ocurría otra avalancha y

estar vigilando que los privados de la libertad en caso de intentar la fuga. Esa noche ocurrió lo evidente, lo lógico, unos privados de la libertad se salieron de unas de las celdas y otros se saltaron de los patios para fugarse, ahí fue donde unos compañeros reaccionaron y realizaron disparos de advertencia, uno de los privados de la libertad que intentó fugarse, entendió la advertencia y se detuvo. Una vez aprehendido lo ubicamos en una celda más segura.

Esa noche de vigilancia fue muy dura, con una zozobra intensa, vigilante a cada movimiento, además había un olor fuerte, olor a muerte, esa noche fue aún más sombría; ahí es donde uno piensa en salir corriendo y pedir la baja, pero la valentía y el honor de servirte a Dios y a la Patria y cumplir con el juramento laboral fue más grande. Ya al día siguiente, los superiores decidieron mantener las celdas cerradas.

Todas estas situaciones continuaban día a día, desde entonces, cada vez que llovía estaba presente la zozobra, pensando que podía ocurrir otra tragedia.

En el mes de agosto del 2018, un año después de la tragedia, aún no se habían tomado decisiones con respecto a levantar el muro de nuevo o construir los muros de contención para salvaguardar la seguridad y se presentó lo que se venía venir, una nueva tormenta, que ocurrió una noche de septiembre del 2018, esa tormenta inundo nuevamente la cárcel de Mocoa, el Inspector Jefe que estaba de Comandante de Vigilancia envió un informe a la Dirección General del INPEC informando la novedad y dejando ver su preocupación por lo que podía suceder si no se tomaban las acciones prontas.

Este informe llevó a las autoridades a tomar la decisión de suprimir el Establecimiento Carcelario de Mocoa, situación que nos llevó a un desarraigo familiar porque nos trasladaron para otros Establecimientos de Reclusión del Orden Nacional, situación que llevó a la pérdida más grande aún que el mismo desastre natural, porque en mi caso se perdió la unidad familiar y empezar nuevamente un proyecto de vida en otro lugar diferente, significó que las pérdidas continuaban.

La enseñanza que me queda como servidor penitenciario de este suceso es que con resiliencia podemos superar todas las adversidades. El objetivo de contar mi historia es que el lector pueda aprender alguna lección sobre la importancia de la toma de decisiones en nuestra labor y entender que la vida es de cambios y de tomar buenas decisiones.

El día del traslado todo terminó, ese día cerraron el Establecimiento Carcelario de Mocoa y con ello se vinieron los cambios. Primero se debían trasladar los privados de la libertad a otros establecimientos carcelarios, así fue como empezaron a llegar los Grupos Especiales del INPEC para llevarse a los privados de la libertad a otros Establecimientos Carcelarios, situación que los privados de la libertad tomaron con resignación y empezaron a empacar y a salir del departamento hacía otras ciudades.

Después de trasladar las más de 700 personas privadas de la libertad, empezó el traslado de los funcionarios penitenciarios a otras ciudades, yo fui de los últimos en salir de trasladado, me dejaron en el cierre total del penal. El día que me fui con sentimientos encontrados porque dejaba mi tierra, mi casa, mis cosas, todo quedaba atrás. Empaque las

cosas y arranque a otra ciudad donde no sabía cómo me iba ir, pero eso es otra historia, la verdad no me fue muy bien en la nueva ciudad, esos eran los efectos colaterales de la avalancha, no me había afectado mis propiedades mi casa, mi carro, la vida de mis familiares, estaban a salvo, pero con ese traslado empezaría a darme cuenta de que sí me afectó y mucho.

En la nueva ciudad perdí cosas más importantes, pero esos eran los efectos colaterales de la avalancha y había que asumirlos. La avalancha de Mocoa destruyó muchas casas, casi toda la ciudad, pero también destruyó núcleos familiares y afectó la parte emocional dejando a muchos con ansiedad, tristezas, depresión, pues muchos nos fijamos en los daños materiales que había ocasionado la avalancha, pero después de un año ya empezamos a ver que la avalancha hizo más daños emocionalmente. El gobierno esa parte la dejó por fuera, no recibimos acompañamiento a las familias, ni preparación para los cambios drásticos, que son muy importantes en el momento de superar situaciones como esta.

Las ayudas se centraron en dar dinero para tratar de reconstruir la ciudad, pero nadie se empeñó en ayudar a recuperar los sentimientos y el afrontamiento de los cambios en las personas damnificadas por la avalancha.

Desde el día que se cerró la cárcel empezó otro problema en la capital del Putumayo, uno de tantos y es la crisis carcelaria que se ha venido desbordando, ya van más de 7 años y no hay una solución de fondo, solo promesas de los gobiernos locales, departamentales y nacionales, que han servido para que hagan política, los candidatos cada vez que hay

elecciones a las alcaldías y gobernaciones, pues toman el “construir una cárcel” como una promesa de campaña. Ya han pasado dos alcaldes y esta situación no se soluciona. El Putumayo no tiene una cárcel del INPEC, tiene cárceles municipales para delitos menores.

La crisis carcelaria está desbordada en el Putumayo, personas que han sido capturadas están en carceletas de la policía en condiciones no aptas, en condiciones que a toda luz van en contravía de los derechos humanos, sin pensar en el error o delito que cometieron son personas que no están recibiendo un tratamiento penitenciario y esto agranda el problema porque estas personas privadas de la libertad no están siendo resocializadas y salen a la calle a seguir cometiendo delitos.

Hay muchos problemas de fondo como por ejemplo podemos nombrar de los internos que están reclusos en otras cárceles del país, sin tener la oportunidad de una visita familiar porque las condiciones económicas de la familia de las personas privadas de la libertad no les permiten estar viajando con frecuencia a otra ciudad a visitar a sus familiares.

Este es un problema que nos afecta a todos

como sociedad, por ejemplo, una persona privada de la libertad que no reciba un tratamiento penitenciario adecuado sale a cometer otro delito. Por otro lado, el arraigo familiar es muy importante en este proceso de resocialización, puesto que el acompañamiento familiar es esencial para que se genere un cambio real de la persona.

En el caso de las personas privadas de la libertad del Putumayo hay desarraigo familiar porque no tienen la oportunidad de estar reclusos en este departamento, pues no se cuenta con un establecimiento carcelario, es una situación que nos deja mucho que pensar ¿qué pasa con la reconstrucción de Mocoa cuantos años más se deben esperar?

También es importante mencionar el desarraigo que vivimos los servidores penitenciarios que somos de esta región, ya van más de 7 años por fuera de nuestros núcleos familiares, sin la oportunidad de regresar, situaciones que conllevan problemas familiares, entre otros, por lo tanto, esta crónica también es un llamado a las autoridades nacionales para que tenga en cuenta todas las implicaciones existenciales de no tener un centro carcelario en este departamento.



Fotografía tomada por el autor



Fotografía tomada por el autor